glará... ¡ Dios mío ! ¡ Cuánto ruido por una Etiennette !... Si no me hablaras tanto de ella, hace mucho tiempo que la hubiera plantado... Se acabó ¿ eh ?

Dió un beso á su padre, estrechó la mano á Mareuil y se marchó.

Desde aquel día, Vernier hizo vigilar discretamente á Etiennette y á Cristián, y lo que supo no fué para agradarle. Sus sospechas no eran nada al lado de la realidad. Cristián y sus amigos se iban todas las noches, sin Etiennette, á los *bars* de los alrededores de la Opera y allí, encaramados en altos taburetes, tomaban con pajas líquidos variados, alternados con cigarros fumados silenciosamente. La marca particular de aquellas fiestas era el ser mortalmente tristes. Á las altas horas de la noche se levantaban pesadamente y con las piernas vacilantes se iban á sus casas. Aquella miserable existencia pasada entre mujeres públicas y borrachos había aflojado en Cristián los resortes de la voluntad, y el joven no salía de aquella rutina lamentable más que para entregarse á excentricidades que revelaban un principio de delirio alcohólico y que le exponían á tener que habérselas con la justicia. Una noche, en un *bar* americano apostó con una mujer á que ésta no se bebía un litro de ajenjo en una hora. La desgraciada se empeñó en ganar la suma apostada y á los tres cuartos de hora cayó al suelo abrasada. Otra vez incitó uno contra otro á dos músicos húngaros, enamorados de Etiennette, los hizo beber y corrió la sangre, por lo que se formó una causa que llevó á Cristián ante el juez de instrucción. Gracias á esas excesivas fantasías, el heredero de Mareuil se hizo poco á poco una reputación execrable y, con la ayuda de la prensa, llegó á ser catalogado en la categoría de los tipos « genuinamente parisienses », triste notoriedad

que le valió las irónicas citaciones de los cronistas de fiestas nocturnas y el entristecido desdén de las personas sensatas. Pero el más positivo resultado de tales excesos fué un desarreglo en la salud del desgraciado, que se desmejoraba á ojos vistas. Su talle empezaba á encorvarse, sus mejillas se hundían y sus ojos vagos acentuaban la estupidez de su sonrisa. Solamente el alcohol le daba un poco de animación por las noches, como si por una horrible ironía el tóxico abominable quisiera vivificar al mismo á quien destruía. Etiennette le veía hundirse más cada día en su mortal embriaguez, sin sentir por él la menor piedad y dispuesta á explotarle hasta la muerte. El desprecio de la humanidad que la había hecho víctima de sus caprichos y cuyos vicios veía, la había llevado á un cinismo feroz. Tenía una sola confidente á la que decía su pensamiento sin reservas. Era su manicura, la señora Mauduit, una mujercilla de cincuenta años, provista siempre de un saco en el que llevaba dinero para prestarlo, alhajas de ocasión para venderlas, papel sellado para hacer pagarés y las señas de todos los hombres que se divierten en París. Cuando una de sus clientes necesitaba dinero, le daba metálico ó alhajas, según sus garantías. El metálico le producía siempre el sesenta por ciento al año, ó sea el cinco al mes, y las alhajas eran empeñadas en el Monte por la misma señora Mauduit, que se guardaba la papeleta, en cambio de lo cual se encargaba de indicar un cliente masculino que recogiese los pagarés ó diese el precio de la joya empeñada por la mitad de su valor real. Etiennette había hecho negocios en su juventud con aquella mujer y no le había ido mal. Ambas se tuteaban y hablaban á medias palabras de personas y de cosas que solamente ellas conocían y que les interesaban apasiona-

damente, pues no acababan nunca de tratar esos asuntos, en los que figuraban términos de germanía de los más canallescos, cuando no eran criminales.

Cristián estaba convencido de que Etiennette era una individua con la que no había que andarse en juegos y de que en su vida pasada pululaban misteriosos personajes capaces de hacer uso del puñal y del revólver con peligrosa facilidad. Hacía dos años que el desgraciado joven estaba en poder de aquella bribona y todos los días descendía un poco en la degradación física y en la debilidad intelectual, cuando la circunstancia más imprevista echó por tierra los planes de Etiennette y pareció asegurar la salvación de Cristián. Etiennette manifestó el deseo, como todos los años, de ir á pasar julio y agosto en la orilla del mar y Cristián se puso en busca de una villa para alquilarla. Un agente le indicó una vasta y lujosa propiedad, entre Deauville y Villers, que tenía numerosas habitaciones, lo que facilitaba la estancia de los amigos de Etiennette y de Cristián. Las dependencias eran bastante grandes para instalar los caballos, los coches y los indispensables automóviles. Vernier-Mareuil vivía en Deauville, lo que no parecía importar á su hijo ni á Etiennette. Las primeras semanas transcurrieron con bastante tranquilidad y Cristián, reanimado por el aire del mar, recobró una parte de sus fuerzas recorriendo los caminos en su faetón de veinte caballos de vapor, casi siempre solo con su *chauffeur*, pues la joven había echado de ver que el impulso del aire le irritaba la cara y no era ella mujer de sacrificar su higiene á un capricho de Cristián. Poseído entonces por el vértigo de la velocidad, el joven recorría las anchas carreteras de Normandía á sesenta kilómetros por hora y pasaba como un huracán por las aldeas dejando detrás de él

una nube de polvo, los mugidos de la trompa y la infección del petróleo. Al pasar un día por un camino de travesía, en los alrededores de Pont-l'Eveque, Cristián, que había acortado la marcha, pero llevaba todavía buena velocidad, llegó de repente á una encrucijada rodeada de setos y libre solamente por el lado de una pradera cuya valla, afortunadamente, estaba abierta. Cristián entró por ella resueltamente y recorrió todavía veinticinco metros por la hierba, pero encontró una zanja abierta para dejar correr las aguas y su automóvil cayó de costado con gran ruido de hierros y maquinarias. El *chauffeur* dió un salto y cayó de pie, pero Cristián, que no había querido abandonar la manivela, rodó al suelo y se quedó con la pierna derecha cogida debajo del coche que gruñía, soplaba y se agitaba sobre el costado como una bestia en la agonía.

— ¡ Está herido el señor ! exclamó el criado acudiendo á ayudar á Cristián.

— No puedo menearme, dijo el joven... Pero me duele horriblemente la pierna... ¡ Pronto ! Venga usted á sacarme... Temo que estalle el coche...

El hombre cogió el carruaje y trató de levantarle, pero no pudo lograrlo y, por precaución, vació el depósito de esencia. Estaba haciendo esfuerzos desesperados, cuando de una habitación, medio oculta entre la arboleda, llegaron socorros ; dos hombres y una joven.

— ¡ Pronto ! dijo á su compañero el de más edad de los dos, coja usted la viga de la valla... Así... Póngala usted, como una palanca, debajo del coche y una piedra como punto de apoyo... Usted, *chauffeur*, ánimo, levante usted... En cuanto esté usted libre, amigo, échese hacia atrás... ¿ Está ?... ¡ Dios mío ! ¡ Se ha desmayado !...

En la intentona que acababa de hacer para sacar la

pierna de debajo del coche, Cristián había sentido tal dolor, que dió un gemido y se quedó inerte en el suelo.

— Anda, hija mía, tira de él... Nosotros no podemos dejar la palanca... ¡ Pronto ! ¡ Despáchate ! ¡ Así !...

Cristián, ya libre, se quedó echado en la hierba y rodeado por los tres hombres y la joven. Cuando volvió en sí y el criado trató de palparle, dió un grito horroroso y suplicó que no le tocaran.

— Tengo la pierna rota... Lo conozco... No me muevan ustedes...

— No podemos dejarle á usted, sin embargo, en esta pradera, dijo el dueño de la propiedad... Hija mía, vete á casa con Claudio, haz que traigan un colchón y di á tu madre que prepare una cama... Y usted, Claudio, tráigase una escalera que servirá de camilla...

Una hora después, Cristián estaba instalado en un cuarto del piso bajo de una cómoda casa normanda y enviaba á su criado á buscar al doctor Angogne, que justamente se encontraba en Trouville pasando una temporada en casa de Vernier. La casa en que un azar acababa de hacer entrar tan desgraciadamente á Cristián pertenecía á la familia Harvay, padre, madre é hija que pasaban en ella sencillamente y en completo retiro los dos meses del año en que se paralizan los negocios. Sebastián Harvay, comisionista en mercancías, se quedaba libre durante los meses de julio y agosto y sólo iba á Paris una vez á la semana para vigilar á sus empleados. Por otra parte, sus comisiones no iban bien hacía algunos años y la casa Harvay, que era una de las más fuertes en tiempo del padre de Sebastián, había vendo á menos poco á poco, á causa de repetidas quiebras en la América del Sur. El crédito de Harvay, que había sido de los más sólidos, no ofrecía ya garantías

absolutas y las transacciones habían disminuído como la confianza. Sebastián asistía con profunda amargura á la ruina de su casa y decía :

— Los negocios se han hecho imposibles. El gobierno no ofrece ninguna seguridad y ni siquiera es capaz de concluir tratados de comercio ventajosos con las naciones extranjeras. Todos los años anuncia á los rentistas que se les van á imponer nuevas contribuciones, y á los capitalistas que dentro de poco la propiedad no será ya transmisible, y así no hay confianza posible. Su mujer, más inteligente que él, aconsejaba la liquidación de la casa. Marchándose á la América del Sur debía ser fácil cobrar muchas de las deudas atrasadas, cosa imposible por cartas, tratándose de personas interesadas en no responder. Con eso y con la venta de la casa, se podría vivir modestamente. Pero Harvay se empeñaba en luchar contra la corriente y eran de temer los peores reveses. Genoveva Harvay era la dulzura y el encanto personificados. Tenía diez y siete años y una blancura nacarada de rubia con cabello de pálida seda. Sus ojos negros iluminaban una cara delicada animada deliciosamente por sonrientes y rojos labios. Era de mediana estatura y esbelta al mismo tiempo que robusta, como una muchacha que vive al aire libre de los bosques. Sencilla, animosa y franca, Genoveva animaba la casa con sus alegres risas. Se parecía un poco á su padre en la obstinación y cuando se trataba de la liquidación de la casa, la joven opinaba por continuar la lucha. Su padre decía de ella con un poco de orgullo : Genoveva es una verdadera Harvay. Se parece á su abuelo. En aquella familia de buenas personas fué donde Cristián cayó como un bólido. Hacía cuatro horas que el joven estaba sudando de angustia entre las sábanas, cuando Ver-

nier y el doctor Angogne se apearon de un coche delante de la verja. Un criado bajó del pescante una caja que contenía los instrumentos necesarios para una operación y todo lo que podía servir para una cura. Vernier entró anhelante y rojo, conducido por la señora de Harvay, y al ver á su heredero que, con la cabeza en la almohada, le acogía con una pálida sonrisa, dijo gruñendo como entrada en materia:

— ¡Bueno va! ¡Estás arreglado! Ya te ha hecho pedazos tu estúpida máquina... No vas á parar hasta que me dejes solo en la tierra ¿no es eso?

Después de haber desahogado así su descontento, se decidió á abrazar á Cristián, le tocó las manos, que estaban ardientes, y dijo al doctor:

— Por fin, no está muerto... Algo es algo...

Angogne, sin decir palabra, levantó las ropas y se puso á examinar al herido, en el que descubrió un equimosis insignificante en el lado izquierdo, una rozadura en la cadera derecha y una gran hinchazón en la pierna. El doctor la examinó con delicadeza, arrancó un grito á Cristián y dijo muy tranquilo:

— ¡Vamos! No ha salido mal librado. Sólo tiene una fractura simple... Querido amigo, tiene usted para cuarenta días, pero por esta vez no habrá que cortarle nada. No vuelva usted, sin embargo, á las andadas, pues no siempre tendrá la suerte de recibir un peso de dos mil kilos en la pierna sin que se le haga astillas...

El médico procedió á la reducción de la fractura, vendó la pierna, ordenó el mayor reposo y anunció que volvería al día siguiente. Durante ese tiempo Vernier se paseaba con la familia Harvay en un jardinillo florido que adornaba la fachada principal de la casa y les daba las gracias por la acogida que habían hecho á su hijo. Vernier estaba, no obstante, preocupado por

saber si aquella familia le conocía, para lo cual aventuró algunas alusiones á su estancia anual en Trouville y manifestó extrañeza de no conocer el encantador paraje en que habitaba Harvay.

— Este es un sitio apartado de los excursionistas, dijo Sebastián. Estamos aquí en pleno campo, como unos salvajes... Sin embargo, vamos algunas veces á pasar el día á la orilla del mar...

— Si van ustedes á Trouville, excuso decirles que me darán un placer aceptando mi casa... La señora de Vernier-Mareuil tendrá mucho gusto en recibirles...

Por fin había logrado decir su nombre y quedó contento del efecto que produjo, Harvay levantó la cabeza para mirarle con más atención, su mujer le echó una mirada de interés y Genoveva dijo alegremente:

— He visto con frecuencia su nombre de usted en unos hermosos carteles que representan una mujer con alas y con un cuerno de la abundancia en la mano, del que cae una lluvia de botellitas de *Royal-Cordon*... Cuando yo era pequeña me quedaba extasiada delante de aquellas botellas y quería probar lo que había dentro...

— No son precisamente licores para señoritas, dijo Vernier, pero hacemos, sin embargo, un licor de cerezas del que me permitirá usted que le envíe unas muestras...

— ¿Ves, Genoveva? dijo la mujer de Harvay en tono de protesta.

— ¡Oh! señora, dijo Vernier, no regañe usted á esta linda niña por su encantadora franqueza. Es usted muy feliz de tener una hija que dice lo que piensa, lo que va siendo muy raro.

La conversación recayó entonces sobre la educación de los hijos y Vernier vituperó amargamente el modo

de ser de las generaciones nuevas, sin ideas serias, sin aplicación al trabajo, sin deferencia por la voluntad de los padres. En pocos minutos encontró medio de enterar indirectamente á la familia Harvay de la conducta de Cristián, al hacer aquel proceso de la juventud. Omitió, sin embargo, á causa de la presencia de Genoveva, el hacer alusión á las numerosas Etiennettes que hacen estragos en los hijos de familia. El doctor fué á interrumpir la conversación diciendo á Vernier que su hijo quería hablarle. El tiempo había transcurrido y caía la tarde en la frescura de los bosques. Una ligera neblina subía de los prados, caldeados todo el día por el sol, y en el cielo, de un pálido azul, se dejaba ver ya una delgada luna menguante mientras que detrás de la arboleda se encendían los rojos colores del sol poniente. La familia Harvay volvió lentamente hacia la casa con Vernier y el médico, que sentían una misma impresión de plácida calma.

— Ruego á usted, caballero, que no se preocupe por su hijo, dijo á Vernier la mujer de Harvay. No nos causa molestia alguna y le tendremos aquí mientras lo exija su estado...

— Acepte usted, querido, dijo el doctor, al menos por una semana... Ese buen mozo podría ser trasladado mañana mismo, pero por mil razones que usted sabe como yo, está aquí mucho mejor que en ninguna otra parte. Solamente, es preciso que se le deje quieto...

Vernier hizo á su amigo una seña que quería decir: esté usted tranquilo, yo me encargo de eso. Y estrechando la mano de la excelente señora que ofrecía tan cordialmente su hospitalidad al herido, respondió:

— Doy á usted mil gracias, señora, y puesto que el doctor me anima á ello, llevaré la indiscreción hasta aprovecharme largamente de la buena voluntad de usted... Ese galopín ha sido más favorecido en su desgracia de lo que merecía su imprudencia.

Vernier entró en la casa con el doctor y un cuarto de hora después dejaba á Cristián tranquilo, sonriente y dispuesto á dormirse, y tomaba el camino de Trouville. Su primer cuidado aquella noche, en cuanto acabó de comer, fué hacerse llevar á Tourgeville, á casa de Etiennette Dhoriel. Había prometido á Cristián hacerla avisar de su accidente y creía que nadie mejor que él mismo podría llenar aquella misión. Hacía tiempo que tenía gana de encontrarse con aquella famosa mujer y la ocasión era admirable. La amiga de Cristián no tenía fama de carecer de aplomo. Se la había visto en circunstancias difíciles portarse con la seguridad y la firmeza de una persona superior. La joven se quedó, sin embargo, muy conmovida cuando la doncella le presentó en el salón la tarjeta de Vernier-Mareuil.

Estaba jugando al *besigue* chino con Marieta de Fontenay, mientras Clamirón dormía boca arriba en una butaca. Etiennette arrojó su juego, hizo un gesto de asombro y dijo:

— ¡Cáspita, cáspita!

— ¿Qué? preguntó Marieta, ¿qué suede?

— El padre de Cristián, que se presenta...

— ¿Dónde está tu galán?

— Se marchó esta mañana de paseo, solo con su *chauffeur*...

— ¿Será que te deja?

Etiennette dejó ver una sonrisa de orgullo.

— Sería el primero...

— Alguno lo ha de ser...

— Pero no él.

— ¿Entonces?

— Vamos á ver.

Y dijo á la doncella:

— ¿Dónde has hecho entrar al señor Vernier-Mareuil?

— En el saloncillo de la señora.

— Bueno. Dile que voy...

Clamirón exclamó en tono de burla, sin moverse de subutaca:

— *Dama de las Camelias*, acto tercero, escena del papá Duval... ¡Magnífico!

— ¿Qué? ¿No sigues roncando?

— He abierto los ojos para asistir á tu entusiasmo... Te veo en el colmo de la dicha...

Etiennette se miró en el espejo y se vió muy pálida.

— ¿Seré estúpida? dijo. ¿Qué tengo yo que temer de ese viejo chocho? No me va á comer.

— Es que es muy rico, dijo Marieta, y eso siempre impresiona.

Etiennette hizo un gesto de desdén.

— No soy mujer de asombrarme por tan poco. Me las he tenido tiesas con otros más fuertes... Esperadme; vuelvo dentro de cinco minutos...

La joven estaba inquieta en el fondo. Abrió la puerta con mano nerviosa y entró con aire altanero, mirando de frente á su visitante, que estaba en pie, delante de la chimenea. Vernier no pareció en modo alguno impresionado por el aspecto majestuoso de Etiennette, la saludó con un ademán familiar y dijo redondamente y en voz baja:

— Tengo el sentimiento de traer á usted malas noticias de mi hijo. Su automóvil volcó esta mañana y Cristián tiene una pierna rota.

— ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Dónde está?

— Tranquilícese usted. Ha sido recogido por unas buenas personas, en cuya casa está perfectamente cuidado. Le he visto antes de comer, la fractura ha sido reducida y todo va lo mejor posible.

— ¡Pero voy á hacerle transportar aquí!

— Lo ha prohibido el médico.

— Entonces iré á cuidarle...

— ¿Qué está usted diciendo? Está en casa de personas regulares y no creo que tenga usted allí su puesto...

Etiennette se estremeció al oir esa declaración formulada claramente, pero sin acritud. Era el primer golpe que le asestaba su adversario y se sentía herida. Pero se irguió para responder.

— Pero, señor mío, el afecto que me une con su hijo de usted me da, supongo, algunos derechos...

— Vernier la interrumpió con un gesto seco y dijo:

— Ningún derecho. Si fueran necesarios más cuidados, yo estaría allí para prestárselos. Cristián no es huérfano; es para mí una satisfacción el decírselo á usted. Ruego á usted que no trate de reemplazarme ni á mí ni á los míos... He tenido ya que soportar muchas intrusiones por parte de usted, pero en esta ocasión no tolero ninguna...

Etiennette vió la oportunidad de cambiar de terreno, al ver que aquel no le era favorable. Inclinó entonces la cabeza con tristeza y dijo con voz temblorosa:

— ¿Ha venido usted á mi casa para hacerme oir tan duras palabras?

— Nada de eso. He venido á advertir á usted que Cristían no volvería esta noche. Hubiera podido enviar un telegrama, pero he querido dulcificar por mí mismo el golpe que esta noticia debía producir á usted...

Etiennette cerró los puños y bajó los ojos para que Vernier no viera el brillo de su mirada. La joven pensó: « ¡Ah! viejo canalla. ¡Te estás burlando de mí por

añadidura! ¡Tú me las pagarás! ¿Quieres guasa? Pues guaseemos...

Etiennette dejó ver una sonrisa de angustia y dijo:

— Agradezco á usted mucho, caballero, tanta bondad. Usted no duda de la pena que siento... ¡Gracias de todo corazón! ¿Querrá usted hacerme saber todos los días cómo se encuentra Cristián, puesto que no puedo ir á cuidarle?

— Él mismo informará á usted; estoy seguro.

Vernier dió dos pasos hacia la puerta con tranquila seguridad, y Etiennette le asestó al azar su más irresistible sonrisa, con una de esas miradas á las que pocos hombres pueden resistir. Pero Vernier hizo un gesto desdeñoso, la miró con indiferencia por encima del hombro y dijo saludando con la cabeza como al entrar:

— Señorita, saludo á usted.

Y se fué sin volverse y como si saliera de un sitio público. Etiennette hizo un brusco movimiento de rabia, dió un violento puntapié á una banqueta bordada, y exclamó con toda su habitual entonación canallesca:

— ¡Ah! viejo monstruo... ¡Saco de millones! ¡Yo te enseñaré á insolentarte conmigo! Me casaré con tu hijo para que sepas con quién te las has! ¡Y os dejaré á todos en cueros! ¡Vaya un viejo insolente! ¡Y cornudo hasta más no poder, y públicamente!... ¡Espera un poco!

Cuando entró en el salón, donde la estaban esperando Marieta y Clamirón, iba todavía echando venablos.

— ¡Cómo! dijo el amigo de Cristián; tienes un aspecto rabioso... ¿Te ha hecho proposiciones deshonestas el papá Vernier?

— ¡En seguida! Me ha venido á decir que Cristián se ha roto una pata esta mañana y que le están cuidando en el campo.

— ¡Pobre muchacho! exclamó Clamirón.

— ¡Bah! dijo Marieta. Mira no te secuestren tu conquista... El joven Cristián vale caro...

— ¡Quia! La que á mí me le quite, no ha nacido todavía...

La joven se sentó á la mesa de juego y dijo afectando gran libertad de espíritu:

— ¿En qué estábamos?

Marieta levantó las cartas y respondió mientras barajaba:

— Yo iba á hacer quinientos y me los apunto... Eres mi bella.

Clamirón dijo con voz nasal desde el fondo de su butaca:

— Me lo temo...

— Eso, lo veremos, respondió Etiennette.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO